

consecuencia, de la educación religiosa, y los que limitaban ésta á la mera lectura de la Biblia. Se adoptó un término medio entre estos extremos: la lectura de la Biblia por el maestro y la enseñanza dogmática dada por un sacerdote, pero fuera de las horas de clase. *La Education Act*, si abrió la puerta á largas discusiones, realizó un inmenso é innegable progreso.

A estas tres grandes reformas siguieron las del ejército y del escrutinio secreto. En el ejército inglés, los grados eran venales. Al retirarse de su regimiento, el oficial cedía su grado, mediante cierta cantidad, á uno de los que venían inmediatamente después de él, como se vendían entre nosotros, no hace mucho tiempo, las plazas de notario. El ministro de la Guerra, Kartwell, propuso suprimir esta práctica, que mantenía el espíritu aristocrático, ó, por mejor decir, plutocrático, en el ejército, cerrando la puerta del ascenso al oficial pobre, y sustituirla por el libre acceso á los grados, sin más condición que la capacidad. No obstante lo racional del proyecto, la Cámara de los Comunes lo aceptó con dificultad y lo rechazó la de los lores. Entonces adoptó Gladstone una resolución muy grave: la de prescindir del parlamento. La Corona, discurría, había reglamentado la materia sin el concurso de las Cámaras; luego podía, sin recurrir á éstas, deshacer su propia obra. La reina se prestó á este ejercicio imprevisto de la regia prerrogativa.

Uso muy pintoresco y muy arraigado era la publicidad del sufragio. En vano los radicales pedían, desde mil ochocientos treinta y dos, el escrutinio secreto, para dar á los electores la necesaria independencia, sustrayéndolos á la presión de la aristocracia y del clero. La misma reforma de mil ochocientos sesenta y siete había dejado en pie esta práctica del voto oral, que los antiguos partidos defendían teóricamente, alegando que el voto, siendo una función pública, debía emitirse públicamente, pero que en realidad querían conservar porque daba á los propietarios medio de inspeccionar el voto de sus colonos. Mas desde el instante en que se había concedido el sufragio á millares de electores privados de independencia económica, era imposible conservar la publicidad. ¡Qué sangrienta burla hacer á un obrero elector para que al día siguiente de haber votado, su patrono, del partido contrario, le expulsase de la fábrica y le dejase sin pan! El historiador Grote combatió por mucho tiempo esta viciosa práctica con energía admirable. Por el *Ballot Act* se instituyó el escrutinio secreto, rodeándolo, para que el secreto fuese verdadero, de un lujo de precauciones. Se adoptó el sistema ideado por la colonia democrática de Victoria, en Australia: la oficina electoral entregaría á cada elector una papeleta, en que habría hecho imprimir los nombres de los diversos candidatos y donde cada elector señalaría con lápiz, en sitio donde nadie pudiese verle, el nombre ó los nombres de su predilección. Todos los esfuerzos contra esta importante ley fracasaron en ambas Cámaras, y de esta suerte, en poco tiempo realizó el ministerio liberal la gran obra de democratizar la escuela, el ejército y las elecciones.

Gladstone, no obstante los reproches que se le dirigían de practicar una política centralizadora y confiscadora, conservó su mayoría durante cinco años. En mil ochocientos setenta y tres sufrió la primera derrota, con motivo del proyecto para establecer en Irlanda una universidad abierta á todas las confesiones. Había en aquella isla dos universidades, ó grupos de colegios: la de Dublín, anglicana, de la que eran excluidos los católicos, y la de la reina, laica, á la que éstos no querían asistir. Gladstone proponía reducir las dos universidades á una sola, de la que formarían parte los colegios católicos. Los protestantes se disgustaron, porque no querían ceder un ápice de las rentas ó subvenciones afectas á sus colegios; los católicos no se mostraron más satisfechos, porque deseaban la creación de una universidad para ellos solos: la Cámara de los Comunes desechó el proyecto por tres votos de mayoría. Inmediatamente Gladstone ofreció su dimisión á la Reina, diciéndola que el poder debía pasar á Disraeli, jefe de la oposición vencedora; mas éste rehusó, alegando que la teoría de Gladstone obligaría al jefe de la oposición, si no estaba dispuesto á gobernar, á detenerse precisamente en el instante de ir á derrivar á su adversario. Gladstone volvió á su puesto, pero ya no encontró á su antigua mayoría.

Planteóse, á la sazón, el problema de la legislación de las *trade Unions*. Una vez conseguida la reforma electoral, era consiguiente que los obreros pidiesen la de las leyes sobre las asociaciones. Porque las *trade Unions* eran toleradas, mas no reconocidas. Ciertamente, la ley de mil ochocientos veinticinco autorizaba la coalición entre obreros, pero con restricciones, y éstas de tal suerte interpretadas, que los jueces de paz condenaban á la cárcel á los obreros que reconvenían á un compañero por no adherirse á la huelga. Tampoco tenían las *Unions* personalidad civil, dándose el caso, en mil ochocientos sesenta y siete, de negarse los tribunales á condenar á un secretario de sindicato que había malversado los fondos, á pretexto de que las *trade Unions* no tenían capacidad para poseer ni para comparecer en juicio. Con razón pedían los obreros que se dotase á sus sociedades de personalidad civil. Tampoco podían tolerar por más tiempo la tiranía de la ley intitulada *Señor y empleado*, que les imponía, en el contrato de trabajo, condiciones mucho más duras que al patrono. Por esta ley, si el patrono faltaba al contrato despidiendo al obrero, solamente podía ser condenado á indemnizarle, al paso que si el obrero abandonaba el trabajo, incurría en la pena de tres meses de cárcel, pudiendo ser detenido y condenado por el primer juez que se tropezase; con la agravante de que, en la instrucción, se admitía el testimonio del patrono, no el del obrero. En un sólo año, mil ochocientos sesenta y tres, se calcula que se incoaron contra los obreros, por causa de esta ley, más de diez mil procesos. El gobierno y las clases directoras recibieron con desagrado las peticiones de las *Unions*, bajo el prejuicio, dominante entonces, de que las tales eran sociedades secretas, que preparaban la revolución social por medios violentos.

A su cuenta se cargaba todo lo que acaecía de extraordinario y anormal, así las huelgas, que menudearon en el período de prosperidad industrial que siguió á mil ochocientos sesenta, como las explosiones de dinamita de Sheffield, en las casas de los obreros que se habían negado á ingresar en los sindicatos locales ó trabajar al precio fijado por ellos. Todo el mundo maldecía de las *trade Unions*, que lanzaban á los obreros á la miseria excitándolos á la revolución ó forzándolos por el terror á sufrir su tiranía, y muy especialmente de sus secretarios, explotadores, que vivían á expensas de la masa obrera. No pudo por menos el gobierno de nombrar, en mil ochocientos sesenta y siete, una Comisión parlamentaria, que investigase los actos y procedimientos de los sindicatos obreros en el decenio de mil ochocientos cincuenta y siete á mil ochocientos sesenta y siete, y con general asombro, esta investigación, emprendida con manifiesta hostilidad contra las *Unions*, redundó en favor suyo, informando la Comisión que las nueve décimas partes de aquellas sociedades se proponían simplemente conseguir de los patronos, por medios pacíficos, condiciones ventajosas para sus individuos, y proponiendo al gobierno, en su consecuencia, otorgarles la personalidad civil, con la obligación, empero, de mantenerse dentro de los límites prescritos por la ley de mil ochocientos veinticinco. Todos, patronos y obreros, quedaron descontentos del informe de la comisión. Al fin, en mil ochocientos setenta y uno, después de cuatro años de discusiones y polémicas, Gladstone dió una ley confiriendo á las *Unions* la personalidad civil; pero, juntamente, para no enajenarse á los industriales, liberales en su mayor parte, hizo votar una «enmienda á la ley criminal», por la que el hecho de «molestar y de intimidar» por parte de los obreros se castigaba con cárcel. La huelga era lícita; pero los medios de hacerla triunfar ilegales. En una huelga, siete mujeres de obreros fueron condenadas á prisión por haber gritado «¡Bah!», al pasar un obrero que había abandonado á los huelguistas. Las *trade Unions* volvieron á agitarse. Su órgano central común, creado en mil ochocientos sesenta y siete, «Conferencia de los oficios unidos», fué reemplazado en mil ochocientos setenta y uno por una Junta parlamentaria, que pidió la derogación de la ley: Gladstone se opuso obstinadamente. El jefe de los radicales, Bright, afirmaba que los sindicatos antes perjudicaban á los obreros que á los patronos. La coalición liberal-radical, fiel al *dejar-hacer* de la escuela manchesteriana, entendía que el salario debe regularse por las leyes naturales, como el precio del trigo, al revés de los obreros, que, apoyados y dirigidos por algunos radicales desengañados del manchesterismo, como el filósofo Stuart-Mill, y por los positivistas, pretendían atenuar los efectos de aquellas leyes regulando las condiciones del contrato colectivamente, por medio de un sindicato. Los obreros castigaron la terquedad de Gladstone, abandonándole en las elecciones generales de mil ochocientos setenta y cuatro y regalando el triunfo á los conservadores.

BÉLGICA Y HOLANDA

En Bélgica, donde el partido liberal, bajo la jefatura de Carlos Rogier, ocupó el poder durante trece años, de mil ochocientos cincuenta y siete á mil ochocientos setenta, sin que sufriera modificación por la muerte de Leopoldo I, acaecida el diez de Diciembre de mil ochocientos sesenta y cinco, y el advenimiento de su hijo Leopoldo II, que continuó la tradición de su padre gobernando con la mayoría. El ministerio liberal realizó una porción de reformas de carácter práctico: suprimió el impuesto de consumos; rebajó la tarifa de las vías férreas; abolió los portazgos; disminuyó el franqueo postal; sustituyó el impuesto sobre la sal con un aumento de la tasa sobre el aguardiente; revisó los códigos comercial y penal; otorgó á los obreros la libertad de coalición y de huelga, é hizo votar, aunque no tuvo tiempo de aplicarla, la adición de las capacidades á los electores municipales y provinciales. Por estas medidas, destinadas en su mayor parte á mejorar las condiciones materiales de la vida, se ve que el gobierno liberal se aplicó á favorecer el desarrollo económico que se iniciara en Bélgica al día siguiente de haber concluido su paz definitiva con Holanda. Desde este punto de vista, la historia del partido liberal belga presenta gran parecido con la del partido liberal inglés. Ya de mil ochocientos cuarenta y cinco á mil ochocientos cuarenta y siete, á causa de la enfermedad de la patata y de una mala cosecha de trigo, el gobierno belga había abolido los derechos de entrada sobre las substancias alimenticias; y ahora, de mil ochocientos sesenta y dos á mil ochocientos sesenta y tres, suprimió los derechos de importación sobre los productos industriales, á ejemplo de lo que habían hecho Inglaterra y Francia. Pero la gran obra del partido liberal, en este respecto, fué rescatar el peaje establecido en la embocadura del Escalda, en provecho de los holandeses, por el tratado de mil ochocientos treinta y nueve, y que alejaba del puerto de Amberes á los navíos extranjeros. Para atraerlos, el gobierno belga hacía el esfuerzo de reembolsarles las cantidades pagadas; pero la suma consignada para este objeto en el presupuesto había subido de quinientos mil francos, en mil ochocientos cuarenta, á un millón seiscientos mil francos, en mil ochocientos cincuenta y ocho. Mediante una serie de negociaciones internacionales, el ministerio Rogier logró rescatar este peaje el diez y nueve de Julio de mil ochocientos sesenta y tres, por el precio de treinta y seis millones doscientos setenta y ocho mil quinientos sesenta y seis francos, de los que doce pagó Bélgica, uno Inglaterra y el resto las demás naciones

interesadas en el tráfico de Amberes. Esta ciudad, muerta hacía dos siglos, recobró la actividad y la riqueza que ostentara en tiempo de Carlos V, á lo que contribuyó en no pequeña parte la red de vías férreas, construidas y explotadas por el Estado, que enlazó á las grandes ciudades belgas entre sí y con los países extranjeros. El resultado de este celo por facilitar y abaratar las vías de comunicación fué el decuplicarse, de mil ochocientos cuarenta á mil ochocientos setenta y uno, la cifra de los viajeros y el peso de las mercancías transportados por las locomotoras, el número de navíos ingresados en los puertos y el comercio del reino.

Coalición de todas las fracciones hostiles al ultramontanismo, el partido liberal se dividió, levantándose contra los doctrinarios una generación nueva, los «jóvenes», los «avanzados», denominados más adelante «progresistas». Constitucionales como los doctrinarios, tenían los «jóvenes» el mismo programa que aquellos; pero profesaban en todas las cuestiones doctrinas más radicales, pidiendo, en punto á la enseñanza, la supresión de la inspección del clero en las escuelas, ó sea derogación de la ley de mil ochocientos cuarenta y dos y del reglamento de Amberes, y la instrucción obligatoria; tocante á las elecciones, bajar la edad fijada para votar á veintiún años y el censo á quince francos; respecto al servicio militar, sustituir el ejército permanente por la milicia. Añadían á estos extremos la abolición de las leyes que reprimían las injurias contra los soberanos extranjeros, agravadas en mil ochocientos cincuenta y ocho, y libertad más amplia para la prensa. Su primer representante fué Luis Defré, que en mil ochocientos cincuenta y ocho fué elegido en Bruselas, en lucha con uno de los ministros liberales. Poco numerosos al principio en la Cámara y con escasos partidarios fuera de la capital, su número fué aumentando en términos de poner en cuidado á la mayoría doctrinaria. A estos motivos generales de desacuerdo juntáronse oposiciones locales. La lengua flamenca, hablada por la mitad de los habitantes del reino, pero considerada durante mucho tiempo como una jerga de campesinos, dióles la gana de ponerla de moda á una porción de escritores y publicistas, y á partir de mil ochocientos cuarenta, se empezó á pedir la igualdad del flamenco y del francés en los actos públicos. Idioma el flamenco de los labriegos católicos, este partido se apoderó del movimiento, cuya importancia fué creciendo desde mil ochocientos cincuenta y siete. Por último, parte de los liberales se declaró hostil al proyecto de aumentar el ejército, que el ministerio presentó por temor á Napoleón III, y en Amberes, liberales y católicos protestaron contra las fortificaciones levantadas alrededor de la ciudad y que llamaban *embastillamiento* de Amberes. Por todos estos motivos, ya en las elecciones de mil ochocientos sesenta y cuatro, el partido liberal sólo triunfó por dos votos, viéndose obligado á disolver la Cámara para tener la suficiente mayoría, que recibió ligero aumento en las elecciones de mil ochocientos sesenta y seis y mil ochocientos sesenta y ocho. Pero en las de Julio de mil ochocientos setenta, abandonado por las dos grandes

ciudades flamencas, Amberes y Gante, y por varias ciudades avanzadas del país Wallon, el ministerio Rodier perdió doce asientos y hubo de ceder el puesto á los católicos.

En Holanda, resuelta la cuestión de la enseñanza primaria (véase página 130), se volvió la atención hacia las cuestiones coloniales. Tres cosas pedía el partido liberal: que el parlamento inspeccionase el presupuesto de la administración de las colonias; abolir la esclavitud en Guyana y las Antillas; suprimir el sistema de cultivo en las Indias orientales. Lo de la inspección no ofreció dificultades: establecida ya en principio el año de mil ochocientos cincuenta y cuatro, lo fué de hecho diez años después, bajo el segundo ministerio Thorbecke. Tocante á la abolición de la esclavitud, que solamente unos cuantos conservadores se atrevían á defender, versaban las dudas sobre la indemnización que se había de pagar á los plantadores y el grado de libertad que se debería dejar á los libertos. Ya en mil ochocientos cincuenta y cuatro, se había prometido, por una ley, emancipar á los esclavos, lo más tarde para el primero de Enero de mil ochocientos sesenta, fijando la indemnización en quince millones de florines. Pero esta promesa no se cumplió. Todos los años, el ministro de las Colonias presentaba á los Estados un proyecto, que indefectiblemente era rechazado. Esto acabó en mil ochocientos sesenta y dos, en que el segundo ministerio Thorbecke logró hacer pasar la ley emancipadora, declarando abolida la esclavitud para el primero de Julio de mil ochocientos sesenta y ocho, á más tardar, otorgando indemnización á los plantadores y estableciendo la vigilancia sobre los libertos. Por este modo adquirieron el don de la libertad treinta y seis mil esclavos en Guyana y once mil en las Antillas.

Mucho más larga y laboriosa fué la abolición del sistema de cultivos, que el gobernador Van der Bosch introdujera en el archipiélago de Sonda y Molucas, á partir de mil ochocientos treinta. Encargado de desarrollar la producción de los géneros tropicales y no pudiendo conseguirlo por medio del cultivo privado, á causa de no existir la esclavitud en Java y de resistirse los malayos á producir más arroz que el necesario para su consumo, Van der Bosch ideó extender al cultivo del azúcar y el añil el sistema aplicado desde el siglo décimo octavo al de la pimienta y el café. En efecto, en vez de la contribución, se apropió el quinto de las tierras empleadas en el cultivo del arroz; las destinó á producir géneros coloniales, haciéndoles trabajar á los indígenas los sesenta días que debían de corvea al año, y arrendó tierras y brazos á empresarios, con la obligación de alimentar á los trabajadores y ceder, por un tanto alzado, las cosechas á la administración. El café, la pimienta, el azúcar, el añil, el té, el tabaco producidos de esta suerte, vendíanse en Amsterdam y proporcionaban ingresos tan considerables, que el presupuesto de las Indias se saldaba con un sobrante de treinta millones de florines, con que se cubría el déficit causado en el presupuesto metropolitano por los trabajos públicos, y aún quedaba un remanente para formar un fondo de reserva. Este sobrante era el princi-